CONSTANTINOPLA.

Esta magnífica ciudad que, ganada á los griegos del bajo imperio, ha sido por cuatro siglos la capital del imperio turco, se halla situada á los 41° 1' 27" de latitud Norte y los 32° 37' de longitud E. por el meridiano de Madrid. El sitio que ocupa parece destinado por la naturaleza para asiento de una ciudad considerable. Elévase la poblacion sobre un promontorio de suave declive que bañado por estrechos mares avanza por gran trecho dentro de las aguas, aproximándose al continente de Asia del cual lo separa un canal tan angosto, que un bote con un solo remero lo atraviesa en un cuarto de hora. Este canal ó estrecho llamado el Bósforo se estiende por unas cinco leguas desde el mar negro, presentando el aspecto de un rio magestuoso, hasta que doblando el cabo donde se halla situada Constantinopla, se pierde en el mar de Mármara. Antes de entrar en este mar se introduce por un espacio considerable dentro de la tierra y separando á Constantinopla propia de sus barrios de Pera y Galata, forma el puerto llamado *asta-dorada* el fondeadero mas cómodo y magnífico del mundo.

Una colonia de lacedemonios edificó en el mismo sitio hácia los años 660 antes de la era cristiana, ó sea un siglo despues de la fundacion de Roma, una pequeña ciudad que llamaron Bizancio; pero esta poblacion ocupaba solo el vértice del ángulo que forma hoy la capital de Turquía, es decir, lo que comprende ahora el serrallo del Gran Señor. La inmensa ciudad que actualmente existe llamada Constantinópolis ó ciudad de Constantino por su fundador, fue edificada hácia el año 330 de nuestra era por el emperador romano Constantino, que consideró aquel sitio como el mas á propósito para fundar en él la capital del mundo.

Forma la ciudad un vasto triángulo cuyos lados bañan las profundas aguas del puerto al norte, y las del mar de Mármara al Sud-este. La base del triángulo ó sea el terreno mas allá de la muralla que une á Constantinopla con el continente, es una llanura elevada con algunas quebraduras y desigualdades en su superficie. La del area del triángulo está dividida en bandas ó zonas que á manera de escalones bajan desde el lado de tierra hácia la mar. Asi como Roma fué edificada sobre siete eminencias, los fundadores de Constantinopla llamaron á estas plataformas los siete montes, aunque si se considera solo la cadena principal hay menos, y si se cuentan las quebraduras pequeñas habria mas de siete. Sobre esta escalinata se eleva la ciudad que presenta por esta razon el aspecto de un magestuoso anfiteatro. La primera eminencia inmediata al vértice del ángulo la ocupa el Serrallo ó vasto palacio del sultan, detras del cual y sobre el reverso del monte aparece la cúpula de la mezquita de Santa Sofia. Corona la segunda eminencia la mezquita de Osmanieh cuyo cimborio es extraordinariamente elevado. Domina la tercera, la mezquita aun mas grandiosa de Soliman el Magnífico, y un acueducto antiguo cuyos arcos atrevidos son de un bellísimo efecto, une las cimas de las eminencias tercera y cuarta.

En el punto mas elevado de estas eminencias hay una torre muy alta construida por el actual sultan con el objeto de situar alli un vijilante que avise inmediatamente á la menor indicacion de incendio, ocurrencia muy frecuente en una ciudad populosa donde todas las casas

particulares son principalmente de madera. Pocas cosas hacen una impresion tan viva en el extranjero como el oir en el silencio de la noche, cuando ocurre un fuego, sonar desde la torre el inmenso tambor, y el vijía que repite con voz estentórea «Vangar» (fuego.)

Aunque hay una calle principal que con pocas interrupciones atraviesa toda la ciudad desde el Serrallo hasta las murallas del lado de tierra, no estan las casas de Constantinopla reunidas en grupos ó manzanas sino rodeadas de jardines, patios, ruinas antiguas y mezquitas aisladas cuyos elevados minaretes perfectamente blancos y rematando en una media luna dorada contribuyen mucho á hermosear las vistas.

El hallarse Constantinopla situada sobre colinas no solo embelleze la poblacion sino que es causa de su salubridad y limpieza: purifican su atmósfera las agradables brisas del Bósforo, el Mármara y las llanuras adyacentes de la Tracia, y la inmundicia que pudiera acumularse desciende naturalmente por los costados de las colinas hasta el puerto ó la mar donde la arrastra una fuerte corriente. A esta ventaja debe agregarse el gran número de fuentes y manantiales que siempre se llevan alguna parte de la basura y las copiosas lluvias que, al caer, de tal manera limpian las faldas de las colinas que puede asegurarse hay pocas poblaciones tan aseadas como Constantinopla lo es entonces. Verdad es que esceptuando estos casos, es en todos tiempos bastante súcia la parte de la ciudad inmediata al puerto, asi como el barrio de Galata que está en frente, pero fuera injusto decir otro tanto de Constantinopla en general.

Algunos viageros poco fieles han dicho que los únicos barrenderos que hay en Constantinopla son los perros sin dueño que vagan á millares por las calles: pero creemos que ha habido siempre cierto número de turcos empleados en la limpieza de ellas, pudiendo asegurar con certeza que por lo menos en la actualidad está perfectamente regularizado este servicio.

Tomando en consideracion los jardines y espacios abiertos que colectivamente componen una parte no pequeña del area de Constantinopla, ocupa esta todo el triángulo natural que como hemos dicho, forma la sucesion de colinas que desde la parte de tierra descienden gradualmente hasta la mar. Cierran este triángulo fuertes murallas, si bien las que defienden los dos lados de costa se hallan en un estado ruinoso por haberlas descuidado los turcos á consecuencia de lo poco precisas que allí son. Pero en cambio por la parte de tierra donde es mas necesaria la defensa, presenta Constantinopla una triple línea de murallas formidables que pudieran fácilmente repararse, y las cuales en los parages derruidos presentan los trozos mas magníficos y pintorescos de ruinas murales que es posible imaginar. La estension de esta última línea de muralla desde la cabeza del puente hasta el castillo de las siete torres situado sobre el mar de Mármara tiene cosa de una legua. La forma del triángulo es algo irregular siendo el lado que baña el Mármara mucho mayor que los otros dos. En el grabado que antecede la punta que se vé avanzar dentro del mar es el vértice del ángulo cuyos dos lados bañan las aguas y allí se halla situado el serrallo del sultan: mas acá, entre el serrallo y el punto donde se supone al espectador que es el barrio de Galata, se vé la entrada del puerto: á la izquierda fuera ya del cuadro queda el Bósforo, y en último término el mar de Mármara cuyas aguas bañan el lado de Constantinopla que empezando en los jardines del serrallo termina en el castillo de las siete torres.

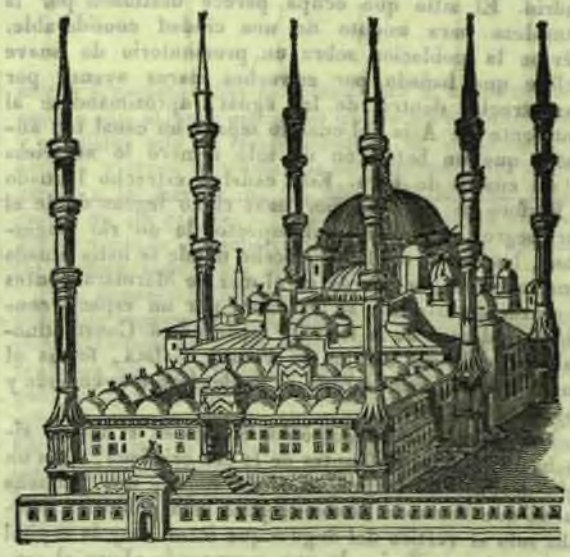
Segun los cálculos mas exactos, la poblacion contenida dentro de las murallas asciende á unas 500,000 almas: si agregamos á este número, como generalmente se hace, la de los barrios de Pera y Galata, de Scútari que aunque situado en Asia está tan cerca que se considera como otro barrio, y las numerosas aldeas que ocupan ambas orillas del Bósforo por espacio de algunas leguas, puede tal vez graduarse la poblacion total en 700 á 800 mil almas, incluyendo los turcos, griegos, armenios, judíos y francos.

Por cualquiera parte que se acerque el viagero á Constantinopla, bien sea subiendo por los Dardanelos y el mar de Mármara, ó viniendo del mar Negro por el Bósforo, ya atravesando las llanuras de la Tracia, ó avistándola desde las colinas opuestas del continente de Asia, se presenta aquella magnífica capital como la *reina de las ciudades*. El primer golpe de vista es verdaderamente mágico.

El circuito entero de Constantinopla que se calcula en algo mas de tres leguas y media ofrece pocos restos de monumentos antiguos: la verdad es que los turcos han echado mano de los mármoles y fragmentos griegos para la construccion de sus edificios públicos, asi que las antigüedades de Constantinopla se hallan reproducidas bajo formas y combinaciones enteramente distintas, en las mezquitas y sus minaretes y en los cementerios y fuentes de los Osmanlys.

Mas de una obra bellísima del cincel griego ha sido empotrada en una pared ó desfigurada por la piqueta para transformarla en lápida sepulcral, y no pocos edificios construidos con sujecion á las reglas del puro estilo arquitectónico han sido arrasados para servir de cantera: sin embargo es preciso confesar que algunas construciones turcas y particularmente las mezquitas imperiales que se han elevado en su lugar, se distinguen por su belleza y grandiosidad.

En el número 78 de este periódico hicimos la descripcion de la mas notable de estas mezquitas, la del Sultan Achmet, acompañando una lámina que representa una parte de su interior. Ofrecemos ahora á nuestros lectores la vista esterior del mismo edificio para que puedan formar una idea de la estructura en general y particularmente de la construccion de sus minaretes ó torres.



Los turcos han tomado estas bellas, ligeras y esveltas torres de alguna nacion oriental, pues ciertamente no las copiaron de los griegos. Los minaretes son sin duda alguna la parte mas vistosa y agradable de la arquitec-

tura turca, y pocas cosas hay de mejor efecto que el ver en una noche de iluminacion en Constantinopla las sartas de vasos de colores que pasan de una torre á otra formando festones y otros dibujos. Cerca de la cúspide de los minaretes hay una pequeña galería desde la cual á cinco distintos periodos de las 24 horas avisa el Muezzir á los mahometanos que es llegado el tiempo de la oracion.

Despues de las mezquitas son las fuentes públicas los principales ornatos de la ciudad: algunas de ellas con sus pilones y frentes de mármol, sus adornos arabescos y cubiertas á la chinesca con objetos realmente bellísimos. Es extraordinario el número de fuentes públicas que hay en Constantinopla; por donde quiera se encuentra una, y sobre todo nunca faltan á la entrada de las mezquitas y demas edificios destinados al culto religioso, porque antes de comenzar el turco sus oraciones ha de preceder la ablucion; asi es que los mahometanos como los demas pueblos de Oriente consideran el proveer al pueblo de agua como la obra de caridad mas meritoria. Muchas de estas fuentes han sido erigidas por individuos particulares que asignaron ademas una cierta cantidad para su custodia y reparo, y en ellas hay lindos vasos de cobre siempre preparados para el sediento transeunte, y un guarda destinado á tenerlos siempre limpios y llenos. Toda el agua que se consume en Constantinopla, cuya cantidad es muy considerable, procede de unos lagos artificiales situados en el bosque de Belgrado á la distancia de tres ó cuatro leguas de la ciudad. Viene á ella por medio de acueductos subterráneos y pirámides hidráulicas ó arcas de agua colocadas de trecho en trecho é ingeniosamente dispuestas para suplir la desigualdad del terreno intermedio.

Dentro de las murallas de Constantinopla construyeron los emperadores griegos por medio de escavaciones gran número de vastas cavernas ó depósitos que habian de estar siempre llenos de agua para proveer á la capital en caso de sitio, pero los turcos han abandonado imprudentemente ó destruido estos pozos. Uno de ellos, aunque ya no tiene el uso para que fue destinado, es todavia una de las curiosidades que se manifiestan en Constantinopla al viagero. Es un vasto edificio subterráneo cuyo techo sustenta un inmenso número de columnas cada una de las cuales se compone de tres pilares ingeniosamente colocados uno sobre otro. Dánle los turcos el nombre de *recinto de las mil y una columnas*, no porque realmente haya tantas, sino por ser este el número favorito de las naciones orientales. Aunque se halla parcialmente cegado con tierra y escombro, es aun muy profundo. Se ha calculado que puede contener sobre 1.237,930 pies cúbicos de agua cuando lleno; y como el consumo diario es actualmente de 267,670 pies en veinte y cuatro horas; esta cisterna sola podria proveer de aguas á Constantinopla durante cinco ó seis dias. Sin embargo está ahora seco y un crecido número de arañas se han establecido en él y tejen sus telas en el fondo, en oscuridad absoluta. Otra cavidad hay que sirve aun de cisterna pero que es casi desconocida si se esceptua un corto número de turcos cuyas casas se hallan situadas sobre ella, y á la cual dan el nombre de palacio subterráneo. El doctor Walch que pudiera reclamar el honor de haberlo descubierto representa en su descripcion como un lago subterráneo que se estiende por debajo de varias calles con un techo de bóveda sostenido por 336 magníficas pilastras de mármol.

Los hospitales y colegios generalmente anexos ó inmediatos á las mezquitas no ofrecen cosa notable en su arquitectura; pero algunos de los sepulcros ó capillas donde reposan las cenizas de los sultanes, visires y grandes del imperio que se hallan diseminadas por la ciudad, son realmente lindísimas. Al mirar al través de las berjas que las rodea, se ven los ataudes escasamente elevados sobre la superficie de la tierra y adornados de turbantes y chales que con las lámparas que contínuamente arden en torno de ellos ciertos dias blandones de riquísima cera producen á la vista un efecto muy singular. En el número 70 de nuestro Semanario dimos tambien una idea de los cementerios turcos en general, y de las ceremonias que acompañan allí á la última escena de la vida.

Los bazares ó mercados de Constantinopla donde se verifican las transacciones mercantiles de todas clases, son de vasta extension y esencialmente orientales en su estructura. Son por lo comun unos corredores ó galerías extensas que se comunican de un modo irregular y generalmente pintoresco. Sus costados son de piedra y la cubre una sucesion de arcos ó mas bien cúpulas cuyas claraboyas admiten la luz quebrada y en muchos casos insuficiente. De las paredes proyectan por ambos lados las tiendas, ó con mas propiedad, puestos de los vendedores que se clasifican por naciones y género distinto de comercio. Aquí, por ejemplo, hay un bazar turco: allí al doblar un ángulo ó tal vez en direccion paralela un bazar americano ó griego ó judaico. Este está exclusivamente destinado al comercio de lanas; aquel al de babuchas de tafilete; este otro al de géneros de algodon: uno hay para sedas; otro para armas, joyería etc, etc: y cada uno de ellos por su extension, la uniformidad de los artículos de comercio, la cantidad de los que se ofrecen á la venta al mismo tiempo, el número de figuras y grupos que en diferentes trages orientales ya compran ó venden, ya se sientan, permanecen en pie ó vagan por la galería ofrece una perspectiva peculiar é interesante que el viagero podrá no saber describir, pero que ciertamente no olvida jamás.

LA CAPILLA DEL PERDON.

I.

Hácia fines del siglo XIV, y no lejos de la ciudad de Brujas, se elevaba una casa de regular apariencia; dos torreones almenados la podian defender en un evento de un golpe de mano: necesaria precaucion en las revueltas de aquellos tiempos. En una gran sala de aquel edificio, alumbrada por sola una ventana, un hombre al parecer de 40 años concluia de pintar un cuadro que representaba los *Desposorios de la Vírgen*. La accion de las figuras era tan bella, como estas bien dibujadas, admirable la expresion de las cabezas, á un tiempo cándidas y piadosas: por último la composicion y el total conjunto de esta obra se hallaba felizmente hermanado con la sencillez y la armonía mas completa del asunto. Pero lo que al punto se notaba, lo que mas sobresalia, era la singular conclusion de los pelos de las barbas, de los ca-

bellos y de la crin de los caballos. El artista los habia pintado, por decirlo asi, uno á uno, sin que en nada dañase al efecto de las ropas pintadas mas francamente, pero de la manera que mas tarde caracterizó la destreza de Alberto Durero. Por lo demas es imposible dar una idea exacta de la viveza de los colores que resplandecian sobre el tablero de madera, que en aquella época preferian al lienzo los artistas flamencos.

Este pintor se llamaba Huberto Van-Eyck.

Al lado de este artista, que lentamente concluia su obra, hallábase otro caballete con un cuadro apenas bosquejado: hacia algunos dias, ó quizas algunas semanas, que el pincel no se habia aproximado al tablon de castaño, pues el poco color que le cubriera se hallaba cuarteado, por no secarse convenientemente, y descubria de trecho en trecho la parda hebra de la madera. Una paleta sin colores, un cacharro con agua-cola donde habia restos de clara de huevo, licor que servia entonces á los pintores en vez de aceite, yacia abandonado sobre un escaño colocado delante del principiado cuadro.

Sin embargo, la proximidad de la noche interrumpió la tarea del artista. Dejó la paleta y los pinceles, no sin exhalar un suspiro, disponiéndose á dejar el estudio.

Mas al pasar delante del caballete abandonado que encontró al salir, su semblante, por lo comun melancólico, tomó una espresion decididamente dolorosa.

—"¡Insensato! dijo para sí, ¡renunciar á la fortuna, á la dicha y á la fama, por correr en pos de una quimera! ya ¡ni toca á un pincel! ¡ni entra en el estudio! ¡y aun se pasan dias enteros sin verme, ni abrazar á nuestra hermana Margarita! ¡Siempre encerrado en su laboratorio, persiguiendo, segun dice, el descubrimiento de un secreto que debe inmortalizar nuestro nombre y valernos un tesoro!.... ¡Pobre loco! ¡como si nuestro arte no fuera el medio de lograr todo esto, mejor que la quimera de la piedra filosofal."

Haciendo estas reflexiones, bajaba el artista los peldaños de una escalera, que le condugera delante de una pieza subterránea, cuya puerta abrió con bastante ruido, sin que un hombre, sentado delante de un hornillo, saliese de su preocupacion ni aun volviese la cabeza.

—"Juan, ¡hermano mio!" dijo el recien llegado, tocando con la mano el hombro del alquimista, "¿no quieres dejar un rato tu laboratorio para venir á consolar á una hermana que te cree enfermo, y á un hermano que te cree loco?»

Levantó Juan la cara, para mirar á su hermano, toda ennegrecida con el humo de las drogas que misturaba sobre un hornillo encendido.

—"¡Silencio! Huberto; déjame aun esta noche, pues es llegado el dia de mi descubrimiento; y mañana estrecharás contra tu pecho, entusiasmado y reconocido, al que ahora calificas de loco! Te lo repito, Huberto," añadió señalando los crisoles, y las preparaciones químicas que cubrian los hornillos; "¡ahi tienes los elementos de la conquista mas sublime que jamás han hecho las ciencias para las artes! Déjame pues, y ve á pedir á Dios que el éxito corone mi obra."

Habia ciertamente en el sonido de la voz de su hermano y en la seguridad de sus palabras una conviccion tan íntima y manifiesta, que el excepticismo de Huberto llegó á conmoverse.

—"Te dejo aun esta noche," le dijo, "pero al menos júrame por tu salvacion, y por el alma de nuestro padre, que te confió á mi ternura, legándome sus derechos á tu obediencia, volver mañana á tus pinceles, y renunciar á la persecucion de esa fantasma, que te se escapa hace tanto tiempo."

Examinó el alquimista sus crisoles atentamente; volvió á leer alguna cosa en los manuscritos hacinados á su derredor, y poniendo la mano sobre un crucifijo de marfil:

—"Lo juro, hermano, por el Dios que murió en la cruz para redimir á los hombres. Lo juro por la memoria de nuestro padre. Ahora bien, déjame solo.»

Huberto, algo mas consolado, salió del laboratorio, subió la escalera, y entró en una gran pieza cuyas paredes estaban revestidas de una lustrosa ensambladura de roble, donde una joven de diez y seis años á lo mas, rubia, linda y llena de atractivos, disponia sobre una mesa ricamente esculpida un blanquísimo mantel, y todo lo necesario para la cena.

—"No pongas mas que dos cubiertos, Margarita.»

—"¡Pues qué! ¿Juan tampoco cena con nosotros?» dijo, asomándosele una lágrima.

—"Por última noche, hija mia; acaba de jurármelo. Dispon que le bajen ahora algun alimento, al cual probablemente no tocará mas que lo ha hecho á los que le llevaron esta mañana.»

Huberto y Margarita se pusieron tristemente á la mesa; concluyeron de cenar, y dando gracias con devocion, se vinieron á sentar delante de una grande chimenea, en cuyo hogar ardia mucha leña. Se hablaron poco, pues sintiendo oprimido el corazon, temian afligirse mútuamente comunicándose sus temores, y así no se resolvieron á franquear sus ideas. Por último, un reloj de madera colgado en la tapia dió las nueve, á cuyo tiempo entró en la estancia una criada anciana, único doméstico que tenian, con dos candeleros en la mano.

Esta era la señal del rezo nocturno y de recogerse. Los tres devotos hijos de la Flandes se arrodillaron ante una imágen de la Vírgen, y despues de varias oraciones que Huberto, como cabeza de la casa, rezó en voz alta, repitiéndolas fervorosamente las dos mujeres, se levantaron y se fueron cada uno á su alcoba.

Huberto tardó largo rato en conciliar el sueño, mas cuando ya empezaba á dormirse, entró repentinamente su hermano Juan, que arrojándose á sus brazos, le apretó locamente en ellos, poniéndose en seguida á brincar como un insensato.

—"Lo he conseguido, Huberto. Bendijo Dios mis investigaciones: el misterio se ha consumado. Para nosotros es la fortuna, y un nombre que jamás perecerá.»

—"¿Qué quieres decir?"

—"Escucha, hermano, hace tiempo que todos los pintores de Italia buscan los medios de abandonar la cola y la clara de huevo para preparar los colores. Búscanlo en vano. Yo poseo ahora este secreto: le he conquistado: mira, ¡repara este cuadrito! Dime, ¿has visto en tu vida tanto vigor y energía, con tanta fuerza de tonos? ¿La pintura logró jamás cosa que se parezca á estas brillantes tintas? Hermano mio, quiero decirte mi secreto: pero le guardaremos entre los dos, nadie lo sabrá despues de nosotros, como nadie lo supo antes. Atiende: los colores se mezclan mas facilmente con el aceite, que con el agua-cola y la clara del huevo; los colores preparados segun este procedimiento no se rechupan, conservando siempre la misma fuerza: últimamente se secan pronto: despues de algunos meses se cubre la pintura con un barniz, que realza maravillosamente su efecto, secándose al momento, por decirlo asi, sin necesidad de recurrir para ello al sol ó al fuego. Despues de muchas investigaciones he hallado la composicion de este barniz: composicion sencilla, de medios casi vulgares, pero sublimes en sus resultados. ¡Y ahora! ¿soy un loco?"

No se saciaba Huberto de mirar y admirar el cua-

drito que Juan le mostraba; pues conoció la revolucion total que iba á obrar en las artes el descubrimiento de la pintura al óleo, y la fama eterna que habia de recaer sobre el nombre de su hermano y sobre el suyo propio. Tardábale que amaneciese para ponerse á trabajar, y verificar por él mismo la certeza de la adquisicion de su hermano: la realidad sobrepujó sus esperanzas, y muy pronto el cuadro de San Juan pintado al óleo por ambos hermanos, vino á llenar de admiracion y asombro la corte toda de Felipe *el Bueno*.

A poco resonó en Flandes, Alemania, Francia é Italia la noticia de este descubrimiento: muchos pintores hicieron el viage á los Paises Bajos, para saber á peso de oro el secreto de los hermanos Van-Eyck; mas constantemente rehusaron cuantas ofertas les hicieron, quedando inútiles las seducciones que emplearon para lograrlo. Excepto Margarita, nadie bajo pretesto alguno era admitido en su estudio, ni aun en la casa. Cuando concluian un cuadro, uno de los dos hermanos iba con disimulo á entregarle al que lo mandó pintar, volviendo en seguida á su vida solitaria, laboriosa y oscura.

II.

Compartia Margarita sin disgusto esta existencia claustral. Unicamente cuando el cielo estaba despejado, iba acompañada de la anciana criada, á pasear por el campo, alargándose alguna vez hasta la ciudad, á comprar las provisiones y objetos necesarios para la casa de sus hermanos.

Una anochecer que volvia mas tarde que de costumbre, oyó, no sin sobresalto, los cantares de soldados ebrios, que empezaron á tomar por entretenimiento el temor de las dos mujeres. Cercaronlas diciendo palabras obscenas, y aun pudieran llevar las chanzas mas adelante, sin la llegada de un joven que al punto se declaró el defensor de las infelices asustadas, protejiéndolas ademas hasta la puerta de la casa. Mas apenas entraron en ella, libres de aquellos borrachos, oyeron gritar á su protector; subieron precipitadamente á uno de los torreones. . el infeliz yacía sin sentido y ensangrentado en medio del camino, y los soldados sin duda temerosos del asesinato que cometieran, se dieron á huir por aquel campo.

Sin pensar en las órdenes y prohibiciones de sus hermanos, voló Margarita á socorrer al que quizá moria por su causa, y haciéndose ayudar por la anciana le metieron en la casa, prestándole cuantos cuidados reclamaba el estado en que se hallaba.

Cuando Huberto y Juan supieron lo sucedido, no tuvieron valor para reprehender á su hermana, y ratificaron la hospitalidad que habia dado á aquel joven, curaron su herida, que se halló poco profunda y no presentaba el mayor cuidado. Juan el químico se encargó de la curacion, y Margarita se sentó á la cabecera de su cama.

Si la calentura secaba los labios del herido, que parecia mas enfermo de lo que prometia la herida; Margarita estaba allí para darle la bebida que calmaba sus dolores; si deseaba mudar de postura su cansada y debil cabeza, levantábasela Margarita cuidadosamente con sus delicadas manos. Siempre atenta, y fijos en él sus ojos, prevenia sus deseos, lamentándose de sus dolencias.

Sin embargo la poca gravedad del mal disminuia de dia en dia, y el extranjero pudo hablar. Entonces supo Margarita que se llamaba Pietro Ridolfo, que era romano, habiéndole conducido á los Paises Bajos asuntos de comercio; por último, que iba á ponerse en camino para Italia, cuando fué herido por los soldados.

—"¿Con que por mi causa» le dijo Margarita muy agitada, "os hallais detenido quizá por mucho tiempo lejos de vuestra patria?» El enfermo tomó la mano de Margarita, y miró á la joven de modo que la conmovió, é hizo bajar los ojos.

—"No volveré mas á Italia,» dijo, despues de un corto silencio; "pasaré mi existencia junto á Margarita; al lado de quien me salvó la vida; cerca de la que se ha constituido mi ángel de la guarda; á la que no puedo dejar de amar y á quien adoro.

—"¡Callad! ¡Callad!» dijo temblando y desfallecida, "¡Callad!»

—"Sí, te quiero;» repitió el extranjero; "te quiero, y leo en tu corazon, Margarita mia, que me correspondes. Dime ¿no consentirás en venir á saludar el hermoso cielo de la noble Italia? Las bellas romanas no se demudarán nunca celosas y admiradas, al ver tus divinos ojos azules, y tu poblada y rubia cabellera.»

Dobláronse las rodillas á la joven, y cayó junto á la cama de Pietro en ademan de orar.

—"¡Toma este anillo, Margarita, y reciba Dios nuestros juramentos!»

A este punto resonaron en la escalera los pasos de Juan Van-Eyck.

—"Oculta tu turbacion, Margarita; que no sepa tu hermano nuestro amor»....

—"¡Mi hermano! ¡Pero si es tan bueno! ¡si me ama tanto!»

—"Que no sepa nada aun, ó nuestra dicha se acabó; querida mia.»

La sobrecojida joven se retiró á lo mas oscuro de la estancia, y Juan, ocupado en curar la herida de Pietro, no notó la agitacion y turbacion de su hermana.

Todos los dias progresaba la convalecencia de Pietro; pedia salir de su cuarto, y pasear en el jardin, apoyado en el brazo de Margarita; en vano le suplicaba esta declarase su mutuo cariño á Huberto y á Juan; el italiano alegaba constantemente especiosas razones para diferir esta confianza, y acallar los remordimientos y sobresaltos de su querida.

Lloraba Margarita, mas siempre concluia por ceder, aunque interiormente y con disgusto se avergonzaba de la falta de confianza que manifestaba hácia sus hermanos. Sin embargo el extranjero, bajo el pretesto de familiarizarse con la índole de los dos pintores, y facilitarle los medios de obtener de ellos la mano de Margarita, no cesaba de preguntar á la joven sus costumbres, sus hábitos, sus ocupaciones y sobre todo el modo de preparar los colores. Llegó á lograr de ella, que le introdujese un dia, durante la ausencia de sus hermanos, en el estudio y en el laboratorio. Pensaba Margarita satisfacer solo una mera curiosidad; empero si menos cándida y menos crédula hubiera notado las penetrantes y codiciosas miradas de Pietro, pudiera haber conocido la imprudencia de su conducta.

De allí á pocas semanas, entrando Juan Van-Eyck en el cuarto de su huesped, para curarle la casi cerrada herida; júzguese de su asombro, cuando vió á Margarita sola en aquella estancia, donde pálida y desencajada le confiesa su amor, y la traicion del italiano.

Pocas preguntas bastaron para que el artista penetrase todo el misterio: el italiano habia finjido amar á Margarita para robar el secreto de sus hermanos: despues se habia fugado. La ligera herida habia sido hecha á propósito para tener un motivo de introducirse en su casa: los soldados eran sus cómplices; el auxilio que habia prestado á Margarita, un enredo del infame.

Corriendo buscó á su hermano.

—"¡A caballo, Huberto, á caballo! gritó: ¡es preciso castigar al traidor!»

Con efecto, poco tardaron en avistar al italiano que solo dos horas llevaba de ventaja. Asi que vió á los que tan cobarde y traidoramente habia ultrajado, Pietro metió espuelas á su caballo, pero en vano; pues cayó á poco rato, herido de dos puñaladas.

Entonces Huberto y Juan, dejando allí el cadaver, volvieron las riendas, tomando en seguida el camino de Brujas.

III.

El Conde de Flandes, Duque de Borgoña, Felipe *el Bueno*, acostumbraba administrar justicia diariamente á sus vasallos á cosa de medio dia; daba sus audiencias en una sala de su palacio, donde ricos ó pobres eran admitidos sin distincion, pudiendo elevar su voz, someter sus quejas al príncipe, y solicitar su fallo. Gustaba Felipe *el Bueno* rodearse en estas circunstancias de grande séquito. Sentado en su trono ducal, vestido con fausto, queria que su hijo, el conde de Charolais, y los nobles de su corte, estuviesen presentes siendo testigos de sus decisiones. La pesadez de los altercados que se suscitaban, la poca importancia de las reclamaciones que se hacian, la humilde condicion de los querellantes, jamás fue suficiente á cansar su paciencia: dejando hablar al mas difuso, á la menor apariencia de justicia que manifestára; alentaba á los tímidos, consolaba á los afligidos, y tratándose de intereses pecuniarios, casi siempre concluia apaciguando la contienda por medio de sus propios *rixdales*.

El Conde de Flandes, despues de oida la queja de una pobre mujer, cuyo huertecillo habia sido asolado por cazadores de alto linaje, acababa de dirijir una amarga reprehension á los causantes del daño, conminándoles con una fuerte multa aplicada á la aldeana, cuando de repente un extraordinario ruido llamó la atencion de la asamblea: despues la jente abrió paso á los dos hermanos Van-Eyck, que ensangrentados y con los puñales en la mano, llegaron precipitadamente delante del Duque.

Este, apenas vió los cuchillos y la sangre, volvió la cabeza estremecido: pues desde el asesinato de Juan *sin miedo*, su padre, no era dueño de impedir semejante conmocion nerviosa, cuando impensadamente se manifestaba una daga á su vista.

—"¡Por la Santa Vírgen de Brujas! gritó. ¿Qué quiere decir esto, mis maestros?»

—"Mi señor, respondió Juan, un infame italiano, despues de haber seducido á nuestra hermana, nos robaba el secreto de nuestro arte: le hemos muerto.

El Duque perdió el color, y levantándose impulsado por la cólera.—"¿Qué es esto? ¿no hay ya justicia en nuestro condado de Flandes, que necesitan nuestros vasallos tomársela por su mano, cometiendo un asesinato? Cuidado, maestros, este asunto puede traeros funestas consecuencias.»

—"Hágase vuestra voluntad, mi señor: ¿En que carcel deseais que nos presentemos, por haber vengado el honor de nuestra hermana, y haber conservado á la Flandes un secreto que aumenta su fama? Si el verdugo está dispuesto, nosotros tambien lo estamos.»

—"Bien sé que sois pintores eminentes, y que valeis mas fama á la Flandes que muchos nobles señores, que solo saben asolar las tierras de los villanos; pero ante mi justicia el injenio como la nobleza quedan borrados: habeis derramado sangre, que la sangre recaiga sobre vuestras cabezas.»

Abrazáronse los dos hermanos, contestando al momento:

—"Estamos prontos.»

—"Veamos, primo Luis; ¿Qué hariais en nuestro lugar?» añadió el Conde con tono que parecia pedir un clemente consejo, pues apenas se le pasó el involuntario momento de cólera y sorpresa, demasiado se le alcanzaban los graves motivos que habian impelido á Juan y á Huberto Van-Eyck á la venganza.

Al que se dirigió, era á un jóven de color lívido, crespo el cabello, de mirar falso, al cual la pregunta del príncipe pareció dispertar sobresaltado de alguna meditacion profunda.

—"Tocar á la justicia de su soberano, es tocar á su corona: tocar á su corona, es cometer un crímen de lesa-magestad.»

—"¿De modo que segun vuestro entender,» replicó el conde, poco complacido de esta severa respuesta, "segun vuestro voto, ni el crímen del italiano, ni el talento de los culpados, deben militar en favor suyo?»

—"Si tuvieseis una hermana, si vuestro mismo padre, como lo hizo el nuestro, os la recomendase en el lecho de la muerte, mas favorable nos seriais, añadió Huberto. Bien sabeis, Sr., cuan sagradas son las órdenes de un padre.»

Al oir estas palabras, se demudó colérico el jóven príncipe, iba á contestar, mas repentinamente se oyó en el patio del palacio el galope de un caballo, cesó el ruido, y á poco un hombre jadeando, con el vestido desaliñado, entró en la sala de audiencia, y dirigiéndose al que iba á decidir de la suerte de los dos hermanos, le entregó un pliego sellado. Asi que lo abrió, Luis esclamó en el primer rapto de alegría.

—"¡Vestidos de purpura! (1) ¡Soy rey de Francia!» mas dominándose al momento, tomó un continente afligido, y aun fingiendo enjugar una lágrima, dijo. "Mi Señor, acabamos de recibir la nueva del fallecimiento de nuestro padre, y que la pesada carga de la corona gravita sobre nuestra cabeza. Permitidme señalar nuestro advenimiento al trono con un acto de clemencia, concediendo entero indulto á los dos célebres pintores, aquí presentes. Marchad en paz, mis maestros, y otra vez no recaigais en tan graves faltas. Sin embargo, fundareis de vuestro propio peculio una capilla á nuestro patron San Luis; colocando en ella una de vuestras mejores pinturas con vuestros retratos de rodillas, en ademan de pedir misericorcia.»

—"Ahora pues, mi Señor, que justicia es hecha, y misericordia otorgada, os pedimos licencia para retirarnos entregándonos en la soledad á la afliccion».

—"Antes de hacerlo, *Sire*», añadió Felipe *el Bueno* arrodillándose, "quiero ser el primero en prestar pleito homenaje en vuestras manos, jurando serviros, aun por las tierras que no relevan de la corona de Francia».

—"Nos le recibimos, padre mio, y queremos conservaros este nombre tan proporcionado á nuestra afeccion hacia vos: puesto que de vuestra mano quiere Luis Onceno ser armado caballero el dia de su consagracion en Reims.

—"Yo os conduciré al frente de diez mil combatientes», repuso el Conde.

—"Gracias,» replicó Luis XI arrojando al conde una mirada recelosa: "Tan numerosa comitiva no os es necesaria. Mil lanzas bastan; ¡y aun sobran! A Dios, mi Señor, vamos á llorar y á orar.»

Salió de la sala de audiencia.

—"Lises por el rey de Francia, gritó la muchedumbre, Lises por el conde de Flandes.»

(1) El luto de los reyes de Francia era encarnado en aquella época.

IV.

Juan y Huberto Van-Eyck cumplieron religiosamente la fundacion que les mandó Luis XI.

Apenas concluida la capilla espiatoria, que fueron depositados en ella los mortales despojos de su hermana Margarita. Sus hermanos colocaron sobre la sepultura de una hermana tan querida, y tiernamente llorada, un cuadro representando *los ancianos adorando al Cordero*; asunto sacado de la Apocalipsis. La hoja ó postigo derecho figura el *Paraiso terrenal*: el izquierdo á los dos hermanos arrodillados en actitud de arrepentimiento y de oracion. Huberto está á la derecha; tiene en la cabeza un gorro con pieles de singular hechura, recojido por delante. Juan está á la izquierda con una especie de turbante verde, y vestido de negro; tiene ademas un rosario encarnado en la mano.

La viveza y energia de colorido que presenta este cuadro, ofrece una brillantez, de la cual no pueden dar idea los pintores de nuestra época.

Esta capilla se llama aun en aquel pais la Capilla del Perdon.

S. H. B.

EL HUERFANO.

La misma verdad parece á veces inverosimil.

Un dia del mes de mayo de 1828 se encontró delante de una de las puertas de Nuremberg á un jóven de baja estatura y de aspecto melancólico y sin espresion, que permanecia inmóvil. Algunos curiosos se acercaron á él y vieron que lloraba; hiciéronle diferentes preguntas, pero nada respondia.

Si una insensibilidad semejante sorprendió á los que se le aproximaron, no les admiró menos la lectura de una carta que tenia el jóven en la mano dirijida á un oficial de caballería ligera que se hallaba de guarnicion en Nuremberg, por cuyo contesto se venia en conocimiento de que el que la llevaba habia sido bautizado con el nombre de Gaspar Hauser; que desde la edad de cuatro años hasta la de diez y seis que contaba, habia estado encerrado en un calabozo, y que destinándole al servicio en la caballería lijera, se le enviaba con este objeto á que se presentase á un oficial.

Mediante todas estas singulares circunstancias, confirmadas completamente por el estado de estupidez de Gaspar Hauser, se le declaró por decreto de los majistrados hijo adoptivo de la ciudad de Nuremberg. Fuera de la curiosidad general que debia inspirar un individuo tan extraordinario, arrancado repentinamente del estado de bruto, y lanzado despues sin ninguna guia en la carrera de la vida, era muy acreedor al interes de todas las personas ilustradas, y asi se encargó su educacion á un profesor respetable por sus luces y carácter, bajo la inmediata vijilancia de las autoridades locales.

Durante su primera residencia entre los hombres fue víctima Gaspar de un continuado padecer. La luz, el movimiento, el ruido, la diversidad de objetos que deslumbraban su vista y cansaban su cabeza, produgeron en él un efecto estraño, cuyo resultado era el dolor. La primera sensacion agradable que esperimentó fue la de la música, y ella fue la que desenvolvió progresivamente el cahos de ideas que le desazonaba. Desde aquella primera emocion empezó á haber órden en las impresiones que recibia. Dotado de una memoria prodigiosa no tardó en distinguir los objetos, en clasificarlos y aplicar á cada uno el nombre propio que le oia dar. Aunque habia llegado á la vida tarde, por decirlo asi, se complació en volverla á empezar, y como en todos los hombres, se notó en él la ligereza pueril, y que se divertia con caballos de madera y otros juguetes; pero duró poco aquella indiferencia, y le sacó pronto de ella su razon próxima á desarrollarse para inclinarle á mas sérias ocupaciones. Apoderóse de él la necesidad de aprender, y empezó á estudiar; su talento natural dirijido por sábios consejos hizo tan rápidos progresos, que á los diez y seis meses despues del dia en que por la vez primera habia salido de una noche de diez y seis años, hablaba bastante bien el aleman, sin mas dificultad que la del movimiento penoso de sus mandíbulas faltas todavía de ejercicio; escribia correctamente aunque no con soltura, y tenia un estilo regular pero sencillo y tímido.

El primer uso que hizo Gaspar Hauser de sus nuevas facultades fue el de procurar reunir sus recuerdos acerca de su existencia anterior. Le hacian estos presente un obscuro calabozo de cinco pies de largo y cuatro de ancho, donde habitaba perpétuamente, y un pan y un jarro de agua cada dia por alimento; una manta y una camisa por vestido, y por guardia un hombre, á quien jamás habia visto el rostro. Llegó sin embargo un dia en que su carcelero le vistió, le sacó de su encierro, y habiéndole puesto de pies en el suelo, probó á hacer que anduviera; pero no bien habia dado algunos pasos cuando cayó en tierra, porque padecia estraordinariamente. No pasaban de aqui los recuerdos de Gaspar Hauser acerca de la tenebrosa época, en la que aun no sabia pensar. Estaba siempre sentado, y si sentia hambre ó sed antes que llegase su pitanza, dormia, haciendo lo mismo despues de haberlas satisfecho: de manera que el sueño era su pasatiempo, su recurso, y en fin su única ocupacion.

¡Cuán deliciosas no debieron ser las ilusiones sociales de Gaspar Hauser que, gracias á sus semejantes, habia llegado tan pronto á igualarse con ellos, y á quien lo estraño de su destino hacia mirar un amigo en cada hombre! Substraido sin saber como á la fatalidad de su suerte, habia hallado desde luego un auxilio poderoso en la adopcion de un pueblo entero; y su entendimiento obscurecido se habia desembrollado é iluminado por los tiernos desvelos de una simpatía que se los hacia mas apreciables. Las mujeres, que por donde quiera son el tipo de una sensibilidad verdadera, le manifestaron el mas vivo interes, unas con cartas tiernas, y casi amorosas, otras con regalos, y Gaspar Hauser conservaba casi una coleccion completa de sortijas. ¡Feliz criatura! ¡Qué ideas no debia formarse del mundo quien no le habia vislumbrado sino para recibir beneficios, y cuan lisongeras no debian serle para lo porvenir!.... pero se destruyeron para siempre.

El individuo misterioso que por espacio de diez y seis años habia sepultado la existencia de Gaspar Hauser, y que en un momento de remordimientos parecia que habia legado á la Alemania el encargo de reparar un crímen no consumado, volvió á perseguir á su víctima en medio de su comenzada felicidad. Una mañana se despertó el huér-

fano al dolor de agudos golpes que eran los de un puñal con que le heria un hombre enmascarado, el cual precisado á huir porque á los gritos de Gaspar acudia gente, desapareció pronunciando esta amenaza: *Te dejo ahora; pero no te me escaparás otra vez!* En el metal de la voz reconoció el huésped á su antiguo carcelero. La policía de Nuremberg se puso inmediatamente en su persecucion, pero aunque por un momento se creyó haber dado con su rastro, nada pudo descubrirse. Desde entonces se tomaron precauciones de seguridad en favor del huérfano; mas ¿quién podia restituirle la tranquilidad, ¿quién sus sueños deliciosos tan bárbaramente interrumpidos? Se le puso en un sitio retirado, y bajo una vigilancia celosa, le dieron armas para su defensa personal, y no obstante parece que su desgracia volvia en su daño todas estas precauciones. Gaspar Hauser subido en una silla estaba arreglando cierto dia su biblioteca, cuando perdió el equilibrio, y procurando sostenerse y buscar un agarradero en su caida, dió con el de una de sus pistolas que tocada en el fiador se disparó é hirió á Gaspar haciéndole caer bañado en sangre. Por fortuna la bala no hizo sino rozar la cabeza; la herida no fue peligrosa, y por esta vez escapó tambien de la muerte.

La Europa entera se interesaba por este hombre tan joven aun, cuya carrera empezó por una larga persecucion, á quien siguieron despues muchas desgracias, y al que tal vez aguardaba una terrible catástrofe. A esto se añade el deseo y aun necesidad de descubrir el orígen de este huérfano que tan raras calamidades suponen ilustre. Se han apurado toda especie de conjeturas sin resultado alguno; pero insertamos el estracto siguiente de una carta escrita desde Viena en abril de 1830. «Hace ya seis meses que fuí yo quien mas verosímilmente conjeturó el orijen del huérfano de Nuremberg, y acaba de confirmarse completamente mi conjetura. Hace algunos dias que se ha apresado secretamente á una señora encargada de la educacion de los hijos de una casa de primera distincion de Hungria, y que en otro tiempo concurrió á la sociedad del *gran jeneral frances*. Acusada de saber quizá como parienta el nacimiento misterioso de Gaspar Hauser, y por consiguiente la tentativa de asesinato sobre su persona, se ha finjido loca, y un médico ha descubierto su estratajema por medio de otra. En cuanto á que se revele el nacimiento de este jóven parece que no se ahorrarán puñaladas para impedirlo, y aun podia serme perjudicial á mí mismo descubrir la verdad sobre este punto, que es propio para poner en movimiento á toda la Europa.»

Desgraciadamente se han verificado los funestos presentimientos del autor de este escrito. No bastó para libertar la vida de este interesante huérfano que el Conde de Stanhope le tomase bajo su proteccion trasladándole á Inglaterra donde custodiado por personas celosas parecía deber estar á cubierto de cualquier atentado criminal por parte de sus ocultos enemigos; transcurrieron, si, algunos años sin que fuese turbada la tranquilidad que en el ameno retiro de Anspach disfrutára Gaspar Hauser, pero en la mañana del 14 de diciembre de 1833 al salir de los tribunales, un desconocido envuelto en una ancha capa se acercó á él, bajo el pretesto de comunicarle asuntos de importancia. Escusóse Gaspar por falta de tiempo en aquel momento, pero prometió acudir aquella misma tarde á los jardines de palacio. Verificóse la entrevista. El desconocido sacó de debajo de la capa algunos papeles que entregó al huérfano, y mientras este se disponia á examinarlos le clavó dos veces en el pecho un puñal que llevaba escondido, y desapareció. Gaspar Hauser aunque herido mortalmente se arrastró hasta su habitacion; pero ya en la agonía de la muerte pudo solo articular estas palabras; «*Jardin del palacio.... bolsillo.... uz.... monumento....*» Fueron despachados inmediatamente algunos ajentes de policía al monumento de Uzen situado en los jardines, y á su pie hallaron un bolsillo morado que contenia un papel en el cual se leian las siguientes líneas evidentemente trazadas con mano finjida. «Hauser puede deciros porque me presento aqui y quien soy; pero para ahorrarle esta molestia os diré yo mismo de donde vengo. Vengo de..... de.... la frontera de Baviera, sobre el rio.—Haré mas, os diré tambien mi nombre M. L. O.» Segun la descripcion que de su asesino hizo Gaspar, fué este el mismo que ya anteriormente habia atentado contra su vida en Nuremberg. El desgraciado Hauser murió en la noche del 17 de diciembre de resultas de sus heridas, y aun no se ha logrado descorrer el velo que cubre su misteriosa existencia, aunque el conde de Stanhope ha ofrecido 5000 florines al que descubra al asesino. El 26 de diciembre se celebró el funeral al que acompañaba un numeroso concurso de personas movidas de simpatía y compasion hácia este jóven cuya bondad y dulzura de carácter hacian jeneralmente amado. Su preceptor el Dr. Fuhrmann pronunció una oracion fúnebre sobre su sepulcro en la cual aludió á las últimas palabras de Gaspar, quien al preguntarle si perdonaba á sus enemigos; respondió. "He rogado ya á Dios que perdone á cuantos he conocido: en cuanto á mí personalmente nada tengo que perdonar pues nadie me ha hecho daño alguno."

EXPOSICION PUBLICA DE PINTURAS.

La academia de San Fernando ha abierto en estos dias segun costumbre sus salones para exponer al público los cuadros que los artistas españoles han presentado con este objeto.

El pueblo de Madrid, acreditando su buen gusto, ha llenado esos salones de una numerosa y constante concurrencia, único y bien merecido galardon de los que en nuestro desgraciado pais siguen la estrecha senda de las artes, sin poder llevar otra mira que la de el deseo y noble ambicion de gloria. En un artículo que tenemos escrito, daremos á nuestros lectores breve cuenta de lo que nos ha parecido mas notable en la exposicion, pero queriendo adornarle con algun grabado de los mismos cuadros, cuyas copias no pueden facilmente sacarse mientras estos subsisten colocados en la academia, dilatamos hasta el próximo número el insertar su descripcion, en lo cual hemos creido que ganarian mucho los que nos favorecen repasando nuestras columnas.

Se suscribe á este periódico en la librería y almacen de papel propio del editor, Puerta del Sol, acera de la Soledad, núm. 7, y en las provincias en todas las Administraciones de Correos, á escepcion de Badajoz, que es en la librería de la viuda de Carrillo.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.